

ó estaré peligrosamente herido. Mañana me bato á pistola; es una necesidad de la posicion que ocupo, y que acepto como hombre de corazon. Lo único que hubiera podido hacerme retroceder ante ella, es la pena que te causaria el golpe que me hiriese; pero el honor es imperioso, y si debes derramar lágrimas, mi buena madre, mejor querrás verterlas por un hijo digno de tí, que por un cobarde. Una idea puede mitigar tu pena, y es, que mi último pensamiento ha sido para tí. Iré al combate como hombre sereno y seguro de sí mismo, porque tengo á mi favor el buen derecho. Te abrazo, madre mia, con toda la efusion de mi corazon.

DUJARIER.»

El martes 11 á las nueve de la mañana, arreglaron los testigos, por escrito las condiciones del duelo. Convinieron en que los combatientes, colocados á treinta pasos, podrian andar otros cinco antes de disparar, pero que cada uno de ellos se detendria despues de haber disparado su adversario, porque disparado un tiro, debia dispararse el otro al mismo instante. En cuanto á la persona que habia de suministrar las armas, se dejó á la casualidad, pero se convino en que no las debia haber manejado ninguno de los contendientes. La suerte se pronunció sobre este punto por M. de Beauvallon, cuyo testigo M. d'Ecquevillez habia llevado pistolas de arzon y pistolas de presion. Los testigos comprendieron que estas dos armas eran propiedad de M. d'Ecquevillez; las pistolas de arzon fueron desechadas.

Partióse, pues, para el bosque de Bolonia. Dujarier iba acompañado, en su coche, de sus dos testigos y de M. de Guise, médico, llegando los cuatro á las diez al sitio denominado Madrid. La temperatura era fría, habia caido mucha nieve y aun volteaban por la atmósfera algunos raros copos. M. de Beauvallon se hizo esperar como cosa de hora y media. Dujarier, afectado por el frío, y por otra parte, algo delicado por la mañana, como todo hombre que abusa del trabajo y del placer, se hallaba preso de una sobreescitacion nerviosa, que hacia temer á los testigos habia de ser necesariamente fatal con tales condiciones el éxito del combate. Insistieron, pues, asi como M. Guise, para que Dujarier abandonase el terreno, como era su derecho, pero él se negó á ello.

Al fin llegaron M. de Beauvallon y sus testigos en un coche. M. de Boignes se esforzó en suplicar á M. de Beauvallon para que no siguiera adelante un duelo que no tenia fundamento; pero M. de Beauvallon, contestó friamente que habia sido insultado y que no arreglaba estos asuntos en el sitio del combate.

Encargóse á MM. Boignes y de Flers que eligiesen el terreno, y el primero con autorizacion del segundo, midió cuarenta y tres pasos de distancia, y los dos testigos disminuyeron en cada lado el espacio que seria permitido acercarse á los contendientes.

M. d'Ecquevillez, no obstante, habia sacado de su pecho aquel par de pistolas de que se ha hablado y que servian para el duelo, las cuales se conocian por el color azul de sus cañones. M. Bertrand, que

cogió una de ellas para cargarla, introdujo el dedo en el cañon, y le sacó ennegrecido hasta el nacimiento de la uña. Entonces, manifestó el temor de que se hubieran probado aquellas pistolas; pero d'Ecquevillez le tranquilizó sobre este punto, afirmando que no habia hecho mas que soflamarlas, jurando ademas, por su honor, que M. de Beauvallon no conocia las armas de que iban á servirse.

Terminados estos preliminares, se colocaron en el terreno los dos adversarios. Dujarier era un tirador tan novicio, que despues de haber amartillado su pistola, hizo caer involuntariamente el gatillo, de manera que si no hubiera errado el tiro hubiera herido la bala á M. de Boignes. Dada la señal, disparó al momento Dujarier: no tocó á su adversario: Dujarier dejó caer en tierra su pistola, que hubiera debido tener en la mano, para proteger la cabeza con ella, y en lugar de ponerse de costado, presentó su pecho.

M. de Beauvallon levantó lentamente su arma, apuntó lentamente.

—¡Disparad..., disparad pronto! gritó M. de Boignes, interpretando con vivacidad la ansiedad de los testigos. Salió el tiro; Dujarier permaneció en pié; creyóse que no habia sido herido, pero súbitamente se dobló su cuerpo y cayó como un tronco. M. de Guise corrió á él; Dujarier estaba herido en el rostro; el proyectil habia herido el ala derecha de la nariz. La ansiedad de la mirada indicaba lo bastante, que el herido habia conservado todo su conocimiento. M. de Guise intentó consolarle con algunas palabras, pero un rápido exámen le habia persuadido que se hallaba perdido Dujarier. El proyectil habia atravesado el hueso maxilar superior hasta la parte mas profunda de la cara, rompiendo el hueso occipital, de manera que produjese una conmocion en la médula espinal.

Condújose á su casa á Dujarier que no era mas que un cadáver. Cuando llegó el coche á su puerta, se abrió la portezuela, y se precipitó ansiosa una mujer en cuyos brazos cayó aquel cuerpo. Esta mujer era la bailarina Lola Montes, entonces querida de Dujarier.

Esta muerte causó vivos pesares. Los motivos de este duelo, eran tan pueriles, que no pudo menos de sospecharse detrás de las causas aparentes, una causa oculta. La desigualdad entre los dos adversarios era flagrante; y jamás duelo alguno habia justificado mejor estas palabras de un magistrado: que en todo duelo hay por lo menos una locura, cuando no hay una villanía.

Pero la magistratura avanzó mas: sospechó una villanía mayor que la del espadachin que fuerza al combate á un hombre inesperto. Procedióse á averiguar el origen verdadero de estas pistolas traídas por M. de Ecquevillez. Aseguróse que estas armas pertenecian á M. Granier de Cassagnac: este último, añadió que no las habia prestado á su cuñado y que el 11 de marzo estaban en casa de Devismes, el arcabucero que se las habia vendido en otro tiempo. M. Devismes dió á esta asercion un mentis absoluto, y declaró haberle llevado á limpiar dichas pistolas M. Granier de Cassagnac despues del duelo.